

taba también *Carafa*, y sus sentimientos por la santa causa de la religión no eran menos íntimos que los de Gaetano; pero ¡cuán diferentemente se expresaban aquellos mismos afectos en este verdadero tipo del hombre meridional! Con elocuencia rebosante, con un celo de fuego, impetuoso y muchas veces poco prudente, inconsiderada inflexibilidad y dureza, ponía toda su persona en aquello que reconocía como necesario. Encarnación de la fuerza de voluntad, lleno de poderoso é impetuoso estímulo para obrar y trabajar, formaba *Carafa* un excelente complemento de Gaetano, el hombre silencioso de la oración y meditación.

Asimismo el curso de la vida de *Carafa* había sido mucho más intranquilo y lleno de vicisitudes que el de su amigo (1). Nacido la víspera de la fiesta de los Príncipes de los Apóstoles (28 de Junio de 1476), vástago de una de las más antiguas, nobles y activas familias del reino de Nápoles, ya á los doce años había querido entrar en la Orden dominicana; pero se lo estorbó su padre Juan Antonio, barón de S. Angelo della Scala, y por su esposa Vittoria Camponesca (2), asimismo conde de Montorio. María, hermana de Juan Pedro y ocho años mayor que él, sentía parecida vocación á la vida religiosa, y así, en la Noche buena de 1490, huyeron ambos de la casa paterna, dirigiéndose el hermano á los Dominicos y la hermana al convento de las Dominicas; pero al hijo todavía le volvió á sacar su padre del monasterio, bien que dándole licencia para estudiar la Teología, por cuanto, siendo el joven sobrino de un arzobispo y cardenal, parecía tener asegurada una brillante

(1) Sobre las antiguas biografías de *Carafa*, v. C. Bromato (propriamente Bartol. Carrara), *Storia di Paolo IV*, I, 1 ss. Los materiales más importantes, en que se apoya en gran parte Bromato, están contenidos en las diligentes compilaciones de Ant. Caracciolo (muerto en 1642): 1. *Collect. hist. de Vita Pauli IV*, Coloniae, 1612; 2. **Vita di Papa Paolo IV* (2 tomos; de ella hay muchos manuscritos; como, v. gr. en el Cod. 993 de la *Biblioteca Casanat.*; Cod. Barb. lat. 4953, 4961, 5370; *Archivo secreto pontificio*, XI, 101; *Museo Británico*, 20011-20012. Yo mismo poseo también una copia antigua. En la *Biblioteca del Museo Nacional de la Cartuja di S. Martino de Nápoles*, se hallan tres manuscritos de la *Vita*, entre los cuales hay uno que probablemente es el autógrafo de Caracciolo). Esta *Vita* sumamente copiosa descansa en parte en los papeles originales de *Carafa*. De éstos tuve la suerte de hallar dos tomos originales que muchas veces completan á Caracciolo; en primer lugar hay que citar aquí la *colección de cartas, que se halla en el Cod. Barb. lat. 5697 de la *Biblioteca Vaticana*, y en segundo lugar la existente en el Cod. XIII, AA. 74 de la *Biblioteca nacional de Nápoles*.

(2) Sobre la misma, cf. Pansa, en la *Rassegna abruzz.* IV (1900).

carrera. Después de terminados sus estudios, recibió Juan Pedro la tonsura en 1494 y, conforme á la voluntad de su padre, se dirigió también entonces á Roma al lado de su tío el cardenal Oliviero *Carafa*. Este quiso desde luego conferir un obispado al sobrino, que no tenía más de 18 años; pero el concienzudo joven lo rehusó; y aun más adelante, siendo Camarero pontificio (desde 1500), sólo aceptó aquellos beneficios que no tenían obligación de residencia. En la corrompida corte de Alejandro VI, vivió puro é inmaculado, consagrado solamente al estudio, á la oración y á las obras de misericordia. La penetrante mirada de Julio II reconoció muy pronto el mérito de este varón, y ya en 1503 le nombró Protonotario apostólico, y en 1504 obispo de Chieti, en los Abruzzos. *Carafa* aceptó de mala gana tal dignidad, y esto, junto con la resistencia que hizo el Gobierno español al nuevamente nombrado, como vástago de una familia que siempre se le había mostrado hostil, explica que la consagración de *Carafa* no se verificara hasta Septiembre de 1506. Inmediatamente después le envió Julio II á Nápoles, como Nuncio, para saludar á Don Fernando el Católico, que llegaba de Barcelona; y también en aquella ocasión hubo de sentir *Carafa* la dureza de los españoles. Don Fernando rehusó rotundamente el pago de un tributo anual por la infeudación de Nápoles, á que le requería el Nuncio en nombre del Papa. Fué una alegría para *Carafa* ver terminarse su misión en 1507, é inmediatamente se dirigió á su obispado de Chieti, que halló en muy deplorable estado.

Como verdadero reformador, procuró *Carafa* el mejoramiento, precediendo con su buen ejemplo á la reforma de su servidumbre, conforme á la máxima favorita que por entonces había adoptado: «Es tiempo de comenzar el juicio por mi propia casa» (1). En su nueva posición hubo de pelear *Carafa* en muchos conceptos contra las intrusiones de los funcionarios españoles en la jurisdicción eclesiástica; pero ningún obstáculo arredró á aquel hombre de férrea actividad. Con un duro trabajo de cinco años, se esforzó por todas maneras, principalmente por medio de la visita pastoral, en mejorar el estado de su diócesis, en lo cual se empleó con tanto fervor, que ni siquiera asistió á las cuatro primeras sesiones del Concilio de Letrán. Luego que tuvo su diócesis hasta cierto punto en buen orden, á principios de 1513 se dirigió

(1) Cf. 1 Petr. 4, 17.

á Roma, donde, habiendo sido elegido miembro de la Comisión conciliar para el restablecimiento de la paz y supresión del cisma, atrajo muy pronto sobre sí la atención de León X. Este le envió, á fines de 1513, como Legado á Enrique VIII, y durante su permanencia en Inglaterra conoció también Carafa á Erasmo, á quien animó á publicar una edición de las obras de San Jerónimo. En una carta ensalza Erasmo las nobles cualidades de Carafa, su proceder lleno de dignidad, su elocuencia y conocimiento de las lenguas latina, griega y hebrea, y de la Teología (1). En 1515, León X envió á España como Nuncio á este tan encomiado varón; y en el viaje allá trabó asimismo amistad, en Flandes, en la corte de Doña Margarita de Austria, con el dominico Juan Alvarez de Toledo, celoso partidario de la reforma. El representante del Papa halló al principio en Fernando el Católico el mejor recibimiento, y el Rey le nombró de su Consejo y Vicecapellán mayor. Carafa procuró utilizar su influjo para defender la causa de la dinastía aragonesa, y de la independencia de su patria; pero todos sus esfuerzos para mover á Fernando el Católico á renunciar á Nápoles, fueron inútiles, y en vano apeló á la conciencia del moribundo monarca, mostrándole la deslealtad que había usado con Federico de Nápoles y sus hijos. Esta actitud ejerció también influjo en las relaciones del Nuncio con el nuevo rey de España Don Carlos; de suerte que, aun cuando en la sublevación de las Comunidades trabajó Carafa en favor del Rey, no por eso dejó la Corte de mostrársele hostil; se le hizo sospechoso de descubrir al Papa los secretos del Consejo, y uno de los miembros de éste llegó hasta á insultarle, diciéndole: que los napolitanos necesitaban pan y palo (2). Habiéndose preterido también á Carafa con ocasión del nombramiento de un nuevo Capellán mayor, pidió aquél su dimisión. Carlos V procuró apaciguarlo otorgándole el arzobispado de Brindis; pero, sin embargo, dejó la Corte exacerbado; y desde entonces se arraigaron en su alma la desconfianza y una profunda aversión contra los monarcas españoles de la Casa de Habsburgo.

Su permanencia en España durante varios años fué asimismo

(1) Bromato I, 63 s. Como Erasmo entonces no podía esperar mucho de Carafa, sus elogios son sinceros; v. Gothein, Ignatius 171. El *Archivo episcopal de Chieti*, nada contiene por desgracia sobre Carafa, en caso que esté bien ordenado.

(2) Cf. Bromato I, 74.

de grande importancia para Carafa en otro respecto; pues, durante ella entró en amistosas relaciones con aquellas personas que se esforzaban por implantar una reforma de los asuntos eclesiásticos, según los antiguos y seguros axiomas católicos, dentro del orden de cosas existentes; y entonces trató, no solamente con el cardenal Cisneros, sino también con Adriano de Utrecht y con el napolitano Tomás Gazella de Gaeta. Pero, por muy eficaces que fueran en este respecto las impresiones recibidas en España, no deben, sin embargo, exagerarse demasiadamente: lo propio que Adriano de Utrecht, había sido Carafa partidario de la reforma eclesiástica, mucho antes de que pudiera conocer en España los frutos de la actividad del cardenal Cisneros (1). Su programa de reforma se distinguía esencialmente del español, en un punto de mucha importancia; por cuanto Carafa detestaba toda intromisión del Poder civil en las cosas espirituales, y generalmente, se hallaba animado de un sentimiento más fuerte de su eclesiástica dignidad de lo que lo estaban los prelados españoles; á los cuales produjo grande asombro el que Carafa respondiera en cierta ocasión en la capilla real, á un funcionario palatino que le rogaba esperase para principiar la santa misa la llegada de Su Majestad: «Con estos sagrados ornamentos represento la persona de Cristo, y, por consiguiente, sería indigno esperar así revestido» (2).

Carafa, en su regreso de España á Roma, pasó por Nápoles, donde restableció la Hermandad de los Bianchi, los cuales prestaban asistencia á los condenados á muerte (3). Cuando llegó á Roma en 1520, tratábase allí la causa de Lutero, y León X se valió de Carafa en las deliberaciones celebradas sobre ella, y asimismo parece haber tenido alguna parte en la redacción de la bula condenatoria (4). Su ocupación en la Ciudad Eterna consistía, fuera de esto, principalmente en las obras de misericordia: con suma frecuencia se le veía en un hospital destinado á los incurables, el cual había él mismo fundado antes con Héctor

(1) Dittrich, en el *Histor. Jahrbuch* II, 610 s.

(2) Caracciolo, **Vita di Paolo IV*, loc cit.

(3) Caracciolo, **Vita di Paolo IV*, Bromato I, 76.

(4) Caracciolo, **Vita di Paolo IV*. Bromato I, 77. Benrath en *Herzogs Realencyklopädie* XV³, 41. A. Schulte (*Quellen und Forschungen* VI, 39) ha perdido de vista la participación de Carafa. Por lo demás, me parece dudoso que el origen del tratado *De justificatione date* ya de entonces.

Vernacci (1), y en el Oratorio del Amor divino. Por mucho que se interesara también por los fines de esta asociación, que tan admirablemente concordaba con sus máximas, poco después retiróse, sin embargo, nuevamente á sus diócesis de Brindis y Chieti, donde se ofrecía un gran campo á su celo reformador; hasta que un expreso mandato de Adriano VI le obligó en 1523 á regresar á Roma. Gozosamente accedió al requerimiento del Supremo Jerarca de la Iglesia, resuelto á realizar su anhelo de una fundamental reforma; y de la impresión que Carafa produjo en la Ciudad Eterna, nos enteramos un escrito de Paulo Giustiniani, en el cual trata éste de algunos varones santos que vivían entonces, y á quienes había conocido en Roma. «Carafa, se dice allí, es docto, sumamente modesto y de tan santa conversación, que ningún otro en la Ciudad puede igualársele» (2). ¡Cuánto bueno no hubiera podido esperarse, si semejante varón hubiese podido asistir largo tiempo al Papa alemán, guiado por tan altos ideales en sus conatos de reforma! Pero otros eran los designios de la Divina Providencia. Todavía pudo Carafa, en Julio de 1523, obtener para el mismo Paulo Giustiniani la confirmación y ampliación de las facultades para la Congregación de Ermitaños de la Camáldula, cuando murió aquel excelente Pontífice (3).

Con la penetración de espíritu que le era propia en semejantes asuntos, conoció muy pronto Carafa, no poderse esperar de Clemente VII, á pesar de las buenas intenciones con que principió su gobierno, que siguiera adelantando por el camino de Adriano VI. Por esta razón pensó un momento en retirarse á la soledad con los Ermitaños camaldulenses; pero, para dicha de la Iglesia, se impuso en él, sin embargo, su índole enérgica, que le empujaba á la acción. No se dejó intimidar Carafa por ver que en la Curia de Clemente VII alcanzaran cada día mayor preponderancia las tendencias políticas; en íntima unión con los miembros del Oratorio del Amor divino, y sobre todo con Gaetano, ideó nuevos planes; y aquellos dos varones, á pesar de todo su entusiasmo por el Oratorio, estuvieron de acuerdo en reconocer que una mera hermandad no ofrecía prendas de poder conducir á una acción profunda y eficaz. Y como por otra parte todas las ordena-

(1) Bromato I, 36, 83.

(2) La carta dirigida á Cayetano di Tiene, se conserva en Sanuto XXXV, 252.

(3) Cf. arriba, vol. IX, p. 95.

ciones que venían de arriba, todos los decretos de reforma, que daban casi estériles, se les impuso el pensamiento de procurar, con la eficacia del ejemplo, introducir primeramente en el clero secular la tan necesaria mudanza. De esta suerte, en las conferencias entre Carafa y Gaetano, á las cuales fueron llamados algunos amigos, como Bonifacio da Colle, de Alejandría, y el romano Paulo Consiglieri, se fué madurando el plan de fundar, en vez del Oratorio, una asociación de clérigos regulares, establecida con reglas severas y con una forma de vida común, é inmediatamente sujetos á la Santa Sede (1). En lugar de las antiguas Ordenes, las cuales, parte por su decadencia y parte por su organización, no satisfacían ya á las necesidades de los tiempos; debía formarse un nuevo instituto de más moderno espíritu, cuyos miembros fueran simples sacerdotes, que hubieran de resplandecer como modelos, por su conducta irreprochable y fiel cumplimiento de su vocación, á los ojos de la gran masa del clero secular, en parte profundamente relajado. La idea fundamental de los fundadores fué, crear una congregación de sacerdotes dedicados á la cura de almas, que tomaran á pechos la administración de los sacramentos, el oficio de predicar y la práctica ejemplar de las ceremonias eclesiásticas. Frailes, bastantes había ya, y en parte muy indignos de su sagrada vocación; por tanto, los miembros de la nueva Orden no debían llevar este nombre, caído en el menosprecio de numerosas clases de personas; á la cabeza de ellos no debían tener un prior ni un guardián, sino un simple superior. También se debía prescindir de toda forma y color especial del vestido; el traje negro ordinario de los sacerdotes del país, parecía el único acomodado para una congregación, cuyo principal cometido había de consistir en reformar radicalmente el clero secular por medio de su ejemplo é influencia, restituyéndolo á una apostólica forma de vida (2).

(1) El primer pensamiento procedió ciertamente de S. Cayetano; esto lo dice el mismo Caracciolo (*Vita di Paolo IV, II, 1), citando la pérdida biografía de S. Cayetano, de G. A. Prati. Por tanto, la bula de canonización llama con razón á S. Cayetano, el verdadero fundador (Acta Sanctor., Aug. II, 246). Por consiguiente, no se puede llamar á Carafa (como hace Caracciolo) autor y fundador; pero le conviene sí el título de compañero del fundador de los teatinos; v. Zinelli, Memorie 38.

(2) V. Caracciolo, *Vita di Paolo IV, II, 1, 2, 3. Cf. Caracciolo en los Acta Sanctor. Aug. II, 285, § 19 y Bromato, I, 109 ss. Carafa compendia muy claramente el intento que tuvo al fundar la orden de los teatinos, en una

Mientras de esta suerte se evitaban las exterioridades de las Ordenes entonces usadas, insistían los fundadores con tanto mayor fuerza en lo interior, que constituye al verdadero religioso. De ahí la exigencia de la vida en una comunidad claustral, y la emisión de los tres votos de castidad, obediencia y pobreza; y en este último respecto se quería ir aún más allá que el *Poverello* de Asís. Los miembros del nuevo Instituto deberían practicar la pobreza apostólica en su forma primitiva, no poseer ninguna propiedad inmueble, no tener rentas, ni siquiera andar pidiendo limosna; sino esperar, con tranquila confianza en la Providencia de Dios, los espontáneos donativos, renovando de esta manera, en el clero y el pueblo, el fervor de los primeros cristianos. Una de las causas principales de los daños de la Iglesia era la desmedida ambición de riquezas, la cual inducía á tantos á entrar sin vocación en el Santuario. Este tan grave mal se debía arrancar de raíz por medio de una congregación de sacerdotes con votos religiosos, los cuales practicasen la pobreza de la manera más perfecta. Y los que abrazaban tal idea eran dos vástagos de nobilísimas familias, los cuales satisfacían con esto por los pecados que habían cometido sus congéneres, por aspirar á los bienes temporales de la Iglesia.

La profesión de una pobreza absoluta, produjo universal asombro en la Curia del Papa Médici, donde eran innumerables los que no pensaban sino en el dinero y en los medios para adquirirlo; y tropezó con grandes contradicciones. Cuando por haberse enfriado la caridad cristiana, apenas podían subsistir las Ordenes mendicantes; ¿cómo podría sostenerse una nueva Orden que renunciara aun á la facultad de solicitar las limosnas? Contra esta objeción opuso Gaetano el axioma de Cristo: «No queráis tener solicitud angustiosa por vuestra vida, de lo que habéis de comer, ni por vuestro cuerpo, de lo que habéis de vestir», é insistió tan

*carta á Giberti, fechada en Venecia á 1 de Enero de 1533, en la que le suplica, alcance de Clemente VII una nueva bula de aprobación, modificada en algunos puntos. Dicese aquí: *Et per ricordo riverentemente si fa entender á V. S. che nella detta bolla tra le principal cose si voria contenere la approbatione di questo instituto clericale talmente, che non paresse che si volesse far nova religione, si como in verità non volemo nè potemo, et si ben potessimo non voriamo perchè non volemo esser altro che chierici viventi secondo li sacri canoni in commune et de communi et sub tribus votis, perciocchè questo è il mezzo convenientissimo a conservare la commune vitá clericale. Cod. Barb. lat. 5697, f. 32 de la *Biblioteca Vaticana*.

enérgicamente con el Papa, en su confianza en la Providencia divina, que hizo exclamar á Clemente VII: que no había hallado semejante fe en Israel. Fuera de esto, tampoco faltaron otras dificultades de diferente índole. Gaetano tenía escrúpulos en admitir á Carafa, por ser éste obispo; y Clemente VII, por su parte, veía muy de mala gana separarse de su servicio á un hombre tan enérgico, á quien acababa de confiar un cargo importante, relativo á la reforma del clero romano. También arredraba al Papa la dificultad de hallar substituto para el gobierno de las diócesis de Chieti y Brindis; pero el fogoso Carafa, apoyado por sus antiguos amigos Giberti, Sadoletto y Schönberg (1), no se dió reposo hasta lograr que el Papa cediera y le permitiera renunciar á sus dos obispados (2). A 24 de Junio de 1524 se expidió el decisivo breve redactado por Sadoletto, por el cual se permitía á Carafa, Gaetano y á sus compañeros y sucesores, después de la solemne emisión de los tres votos esenciales, vivir en comunidad como clérigos regulares, vistiendo el traje eclesiástico ordinario, é inmediatamente sometidos á la Santa Sede; elegir un Superior, el cual no podría, sin embargo, ejercitar su oficio más que tres años; y admitir á los votos á los clérigos seculares y á los legos, después de probarlos con un año de noviciado. Además se les concedieron todos los privilegios de los Canónigos de Letrán, entre ellos asimismo el recibir beneficios curados. Sólo más adelante, después que hubieran alcanzado mayor experiencia de las cosas, se pondrían particulares constituciones á la aprobación del Papa (3).

Entonces renunció Gaetano todas sus prebendas y cedió á los parientes su herencia paterna. «Veo á Cristo pobre y á mí mismo rico, escribía á 24 de Agosto de 1524; á Cristo despreciado y á mí honrado. Deseo, pues, aproximarme á El un paso más, y por consiguiente, he resuelto dejar las cosas temporales que todavía poseo» (4).

También Carafa repartió sus bienes entre pobres y parientes

(1) Cf. Bromato I, 96.

(2) Cf. Lett. d. princ. II, 52; Sanuto XXXVI, 326.

(3) Bull. VI, 73 s. Cf. Bromato I, 112, 115, 117 s. El original del breve se halla en el *Archivo general de la orden de los teatinos de Roma*.

(4) Esta hermosa carta, celebrada con razón por los biógrafos del Santo (cf. Lüben, 89), y que lleva esta firma: Frater Gaïetanus miser presbyter, fué pronto difundida por medio de copias. Una de estas antiguas copias se halla en el *Archivo general de la orden de los teatinos de Roma*.

necesitados, y al propio tiempo renunció á sus dos obispados; ejemplo de un desprendimiento en aquel tiempo inaudito, que produjo la mayor extrañeza. Muchos se mostraban totalmente incapaces para comprender tan heroico paso; otros se desataban en burlas ó sospechas (1); pero Carafa y Gaetano proseguían su camino, sin cuidarse de todas aquellas apreciaciones. En la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz (14 de Septiembre de 1524), en unión con Bonifacio da Colle y Paulo Consiglieri, y después de haber recibido la sagrada Comunión, presentaron á Bonziano, obispo de Caserta, como Comisario apostólico, junto al sepulcro de San Pedro, el breve por el cual se reconocía su Instituto como Orden religiosa, y pasaron luego á la emisión de sus votos solemnes (2). Inmediatamente después fué elegido por Superior Carafa, el cual, conforme á la voluntad de Clemente VII, conservó el título episcopal; la nueva fundación se formó estrechamente unida con la Santa Sede, quedando sus miembros inmediatamente sujetos al Papa y considerando á San Pedro como su propia Cabeza (3). Los nuevos religiosos, á quienes se llamó *Teatinos* ó Chietinos, del nombre del obispado de Carafa, y también Cayetanos ó Clérigos regulares de la Providencia divina, usaban un traje enteramente negro; vestían siempre la sotana con un cuello alto y medias blancas, y cubrían su cabeza con el birrete sacerdotal. Carafa insistió severamente en que no se usara barba y se llevara una grande tonsura (4). Vivían en el mayor retiro posible, y cuando salían en público, andaban con mucha dignidad. Al principio ocuparon una pequeña casa de la Strada Leonina, en el Campo de Marte, la cual había pertenecido á Bonifacio da Colle (5). El 30 de Abril de 1525 recibieron el primer novicio, que fué el docto sacerdote Bernardino Scotti, adornado más adelante con la púrpura cardenalicia (6).

(1) Bromato, I, 105 s.

(2) El instrumento notarial se halla en Silos y en Acta Sanctor. Aug. II, 248 s. Cf. también Sanuto XXXVII, 35; y la *relación de Germanello de 24 de Septiembre de 1524, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. la *carta característica de Carafa á Giberti, de 1 de Marzo de 1533 que se halla en la *Biblioteca Vaticana*, Cod. Barb. lat. 5697.

(4) Cf. Sanuto, XXXVII, 90.

(5) La casa estaba junta á la pequeña iglesia de S. Nicolás di Campo Marzio, y á la verdad fué dada á la orden en 13 de Septiembre de 1524. Caracciolo, *Vita di Paolo IV, II, 3.

(6) Caracciolo, *Vita di Paolo IV, II, 4. Bromato I, 131 s.

Todavía en aquel mismo año (1) procuró Giberti á los Teatinos una nueva habitación en el Pincio, entonces completamente desierto, donde se halla ahora la Villa Médici (2). Todos ellos se consagraban infatigablemente á la oración, á la meditación, al estudio de la Sagrada Escritura y á la cura de almas. Principalmente tomaban con empeño anunciar á los fieles la Palabra divina, rehuyendo todos los ornatos profanos, y recomendando con el mayor fervor la devoción á la Virgen Santísima y la recepción de los Santos Sacramentos. Con todo eso, no les faltaron vehementes hostilidades y viles sospechas; y principalmente Carafa, á quien Clemente VII continuaba, sin embargo, dispensando mucho favor, tuvo que padecer por ellas (3), pues, como Superior, era la persona más caracterizada (4). Los clérigos aseglarados escarnecían á los nuevos religiosos, como hombres singulares y ridículos, que no eran ni clérigos ni frailes (5). Pero con el pueblo se conquistaron creciente estima, por su mortificada manera de vivir, y su abnegación sin ejemplo en el cuidado de los enfermos y de los pobres peregrinos, al declararse la peste durante el año jubilar de 1525. Producía honda impresión, ver á hombres de distinguidas y nobles familias, los cuales hubieran podido gozar de todos los deleites del mundo, elegir voluntariamente la más rigurosa pobreza, y visitar, sin temor al contagio, á los pobres enfermos de la peste, en los hospitales y en las casas particulares, cuidándolos, consolándolos y asistiéndolos en sus mortales agonías. Por entonces parece haber dicho una monja de

(1) Cf. la *Dichiaratione di bona fede di Giberti che la vigna comprata a Monte Pincio per il prezzo di duc. 1000 fu comprata di denari prop. della congreg. Teat., fechada á 7 de Octubre de 1525. El original se halla en el *Archivo general de la orden de los Teatinos de Roma*.

(2) En el instrumento de venta (publicado por Caracciolo *Vita I, 4) se determina la situación de la siguiente manera: *Inter moenia urbis, in loco qui dicitur lo Monte de' Pinci, cui ab uno latere sunt res s. Mariae de populo, ab alio vinea, quae nunc possidetur per dom. Emilius de Capisucchis, ab altero moenia urbis et ante viculos vicinales. Cf. Bromato I, 133. Clemente VII había querido asignar á los teatinos S. Jerónimo, pero pareció estar situada esta iglesia en un paraje de demasiada agitación, v. la *carta de A. Germanello de 24 de Septiembre de 1524, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*, y Sanuto XXXVII, 10.

(3) V. Sanuto XXXVII, 357. Cf. Rossi, Pasquinate 111 y Luzio, Pronostico 8, 12, 16, 30, 62.

(4) Cf. *Annales Venetae domus, que se hallan en el *Archivo general de la orden de los Teatinos de Roma*.

(5) V. Caracciolo en las Acta Sanctor., Aug. II, 287, y Sanuto XXXVII, 37.

Ravenna, que Dios enviaba ahora el remedio para la reforma de la Iglesia y enmienda de las costumbres (1).

A quienquiera vivía con más retraimiento, devoción y severidad que los demás, se le daba el nombre de teatino (2); y aun en el clero romano comenzó ya á ejercer un influjo saludable el celo de las almas y la manera ascética de vivir de los nuevos religiosos, á los cuales jamás faltó nada de lo necesario, á pesar de la casi intolerable carestía. Cuán grande fuera la mudanza que produjo en Roma la silenciosa y solícita acción de los primeros Teatinos, se colige de una carta de uno de ellos, fechada á 5 de Enero de 1527, á sus compañeros de Venecia, los cuales estaban allí al frente del hospital de los incurables (3). «Cristo, se decía en ella, es en la actualidad más venerado y temido en Roma que antes. Los soberbios se humillan, los buenos alaban á Dios, los malos están sin esperanza. Roguemos por su conversión; rogad por los Padres, y ante todo por Carafa, pues Dios se sirve de él para el bien de la Iglesia. Figuraos que los primeros prelados y señores de Roma, que al principio nos despreciaban orgullosamente, vienen ahora todos los días á nosotros con tanta humildad como si fueran nuestros servidores, en términos que yo estoy enteramente avergonzado; muestran la mayor prontitud de ánimo para la penitencia, la oración y las obras de piedad, y hacen todo cuanto los Padres les dicen. Y todavía más: diariamente hace pedir el Papa las oraciones de estos miserables.» Refiérese luego allí mismo, de qué manera un hombre de tan grande prestigio como Tomás Campegio, había acudido un día á Carafa con la humilde petición de que le confiriese la consagración episcopal que hasta entonces había diferido, pues desde aquel punto quería ser un verdadero obispo de Feltre. A pesar de la sabiduría de Campegio, examinóle Carafa como si fuera un simple sacerdote, y él se sujetó á todo con humildad conmovedora. Hubiera podido recibir de una vez todas las sagradas órdenes, y hasta haberse hecho consagrar por el mismo Papa; mas prefirió ejercitar la obediencia, y hacerlo todo como Carafa deseaba. Ayunó con los Teatinos, rezó con ellos las horas canónicas, y comulgó en cada

(1) V. Caracciolo, *Vita II, 1 y 4; Bromato I, 128 s.; Ranke, Pápste I^o, 115 y Dittrich, Kathol. Ref. 392 s.

(2) Caracciolo, *Vita II, 3, publicado por Dittrich, 393. Cf. Atanagi, Lett. facet. I, 24; Lett. volg. I, 178 s.

(3) Sanuto XLII, 609 s.

una de las órdenes con tanta humildad, que puso vergüenza en todos los presentes. También Giberti, el cual era entonces, inmediatamente después del Papa, la persona más influyente de Roma, visitaba diariamente á Carafa, y con frecuencia participaba de su sencilla mesa. Clemente VII mostró asimismo por entonces su buen afecto á los Teatinos, concediéndoles nuevas indulgencias; y así aumentaba de día en día el prestigio de los nuevos religiosos, los cuales se ejercitaban incansablemente en el cuidado de los hospitales y de los otros establecimientos de beneficencia (1).

Llenos de alegres esperanzas, tendían Carafa y Gaetano sus miradas á lo porvenir, cuando sobrevino el saqueo de Roma. Carafa, Gaetano y sus doce compañeros fueron maltratados cruelmente por la soldadesca, y echados en una cárcel (2); como por milagro lograron escapar de las manos de sus atormentadores, y en Ostia se compadeció de ellos el embajador veneciano Veniero, y les facilitó el viaje por mar hasta la Ciudad de las lagunas, á donde llegaron en el mes de Junio; la Hermandad del hospital de los incurables, con la que habían estado siempre en relaciones, procuró alojamiento en Santa Eufemia (3) á aquellos religiosos despojados de todas las cosas; desde allí se trasladaron á San Gregorio, y finalmente hallaron una casa á propósito para la Orden, en el Oratorio de San Nicolás de Tolentino (4).

Los Teatinos, que habían elegido por superior á Gaetano, á 14 de Septiembre de 1527, llevaban en Venecia una vida tan retirada como en Roma, de suerte que se les daba el nombre de ermitaños. Sobre todo excitaban á la frecuente recepción de los santos sacramentos, y al propio tiempo se esforzaban en procurar el acrecentamiento de la solicitud por el culto divino y la corrección del Breviario, excluyendo de él las relaciones contrarias á la Historia (5). Su encendido celo en el ministerio de las almas, y su heroísmo en el año de 1528, entre los horrores del hambre y de la peste, les fueron ganando cada día mayor número

(1) Sanuto XLIII, 611-611, cf. 533.

(2) Caracciolo, *Vita II, 5. Bromato I, 153 s.

(3) Sanuto XLV, 343. Sobre la conexión con el hospital de los incurables, v. Bromato I, 138 s.

(4) Cf. Caracciolo en las Acta Sanctor. Aug. II, 290, y *Vita II, 6. V. también Sanuto XLVI, 193, 333, 418 y Bromato I, 160 s., 163 s., 173.

(5) Cf. Caracciolo, *Vita II, 7; Bromato I, 174 s., 180 s.; Bäumer 412 s.